

escasos. Cada vez que la visito me viene a la memoria y deprime el recuerdo de las bibliotecas públicas británicas. Aunque lo que recuerdo y añoro, más que las bibliotecas mismas, es el sistema u organización colectivo de ellas. Hasta en el último rincón de Gran Bretaña hay alguna, de tamaño en consonancia con el del poblado. Minúscula será la de un pueblecito; no obstante —he aquí lo admirable—, será siempre una genuina representante del vasto y rico organismo estatal integrado por todas las de la nación. De modo que si acude alguien buscando un libro que en ella no existe, lo invitan a que llene una tarjeta postal *ad hoc*. En ésta debe indicar su propio nombre y dirección en el anverso y, en el reverso, el libro que desea. Pocos días más tarde recibirá, por correo, la misma tarjeta comunicándole que el libro está a su disposición y podrá tenerlo en su poder quince días, renovables, sin costo alguno. ¿A quién podrá extrañar que una nación que tales facilidades otorga a quienes buscan instruirse sea rica en científicos, técnicos e investigadores? ¿Y qué de sorprendente tiene que tal nación sea poderosa y pionera en todo, puesto que el poder hace mucho que dejó de ser el del músculo y pasó a ser el del cerebro? Sería hermoso que Almagro tomara la iniciativa de crear un sistema bibliotecario español igual al británico. Sin embargo, puesto que hacerlo en la totalidad del territorio nacional sería de momento impracticable, Almagro podría promover la idea en el ámbito provincial de Ciudad Real, para más tarde ampliarla a la Comunidad de Castilla-La Mancha y, finalmente, a España entera. ¿Que esto tiene visos de ensañación quijotesca? ¡Tanto mejor! Porque D. Quijote, prototipo del idealismo manchego, es más fuerte y perenne de lo que imaginamos. El destino histórico que él señala a La Mancha es el de imaginar, promover y llevar a realización estupendas acciones colectivas, a mayor gloria hispánica. Y quien dice D. Quijote dice también Sancho, pues el caballero y su igualmente inmortal escudero constituyen un conjunto armonioso con dos aspectos complementarios del alma manchega. Cual el anverso y el reverso de una moneda, son en cierto modo contrapuestos. No obstante, lo son únicamente por su posición relativa. Mas no lo son por su íntima textura, igual en ambos: cobre, plata u oro según la moneda. D. Quijote y Sancho están hechos de una misma noble substancia: la del alma manchega, que se manifiesta en ellos conforme a sus particulares circunstancias. Sin D. Quijote, soñador de descomunales empresas ideales, Sancho jamás habríase elevado sobre el nivel de la rutina diaria, que es embrutecedora cuando no va más allá del esfuerzo por ganar dinero y saciar los apetitos corporales. A la inversa, librado D. Quijote a sí solo, nada habría realizado; se habría limitado a continuar soñando despierto en su biblioteca. Tampoco La Mancha podrá hacer algo genuinamente valioso sin una bien concertada acción de los dos polos energéticos de su propia alma: el polo encarnado en sus soñadores de empresas ideales, y el polo de los que, secundando a aquéllos, las posibilitan. Sin D. Quijote, Sancho nunca superaría su condición de tosca y poco eficaz fuerza de trabajo. Y sin Sancho, D. Quijote nunca pasaría del ensueño a la acción. Únicamente ambos, de consuno, podrán realizar grandes cosas, incluso desigios colosales.

Mas no cualquiera es capaz de ser D. Quijote, el de los altos ideales, ni cualquiera es capaz de ser Sancho, el de la noble rusticidad. La apariencia física y la estructura psíquica de ambos las describió claramente D. Miguel de Cervantes. Los retratistas, pintores y escultores han entendido bien y respetado lo que él dijo acerca de D. Quijote. De Sancho, sin embargo, o no lo han entendido o no han querido respetarlo. Lo cual es inadmisibile, porque el cuerpo es imagen del alma, una como cristalización de ésta. Y el cuerpo que de Sancho nos muestran pintado o esculpido, nunca pudo haber pertenecido a su alma, si nos atenemos a lo que de ella nos ha dado a conocer D. Miguel. Sea el lector juez imparcial.